

El asunto de la “devaluación de uno mismo” en una sociedad predominantemente grupista requiere un comentario aparte porque corre el riesgo de malinterpretarse en las sociedades más orientadas al individuo como son las occidentales. Dos o tres casos de la vida práctica bastarán. En el verano de 2007, pocos días después de que España ganara el Mundial de Baloncesto de Tokio, tuvo lugar en la ciudad de Helsinki la cumbre entre los jefes de Estado de Europa y de Estados Unidos, Canadá y Japón. En el curso del encuentro protocolario entre Rodríguez Zapatero y Koizumi, máximos mandatarios entonces de España y Japón, el primer ministro japonés saludó al español dándole la enhorabuena por el reciente campeonato celebrado en Japón. La respuesta del jefe de gobierno español, pronunciada con una sonrisa de oreja a oreja y con el aplomo del halagado, fue: “Gracias, gracias. Es que hemos sido los mejores”. Si en ese momento Rodríguez Zapatero hubiese tenido un intérprete nativo japonés, seguramente que este habría suavizado tan maleducada respuesta, pero por desgracia el saludo se produjo en inglés y el presidente español llevaba intérprete en inglés, el cual debió de traducir fielmente la respuesta y, seguro, raspar lastimosamente los oídos del primer ministro japonés.

Otro caso, éste en un contexto japonés. Le puede ocurrir a cualquier extranjero viviendo en Japón. Éste le sucedió a David que llevaba varios meses en Tokio estudiando aplicadamente la lengua del país. Un buen día es obsequiado por un japonés con esta frase *David san wa, nihonngo ga jouzu desu ne*, cuya traducción sería ésta: “David, ¡qué bien hablas japonés!, ¿eh?”. A lo cual David, convencido de sus progresos lingüísticos, responde sin poder ocultar una punta de orgullo: *Hai, sou desu ne*, es decir, “Bueno, sí, ¿verdad?” o incluso “Sí, bueno, más o menos”. Con una respuesta así acaba de descubrir que es competente lingüísticamente, pero se ha hecho merecedor de un suspenso en competencia cultural. Su respuesta hizo que el japonés esbozara una sonrisa de incómoda indulgencia ante la incompetencia de David. Incómoda porque David había infringido una regla de cortesía fundamental: no había devaluado hipócritamente su destreza lingüística; indulgencia porque el japonés sabía que estaba ante un extranjero o *gaijin*, es decir, ante alguien idealmente ajeno a lo japonés, ignorante de la cultura japonesa cuya etiqueta exige que, en situaciones en que no hay familiaridad, uno jamás ensalce lo propio, sino todo lo contrario: debe rebajarlo con un tono y un gesto de sincera modestia.

En Japón la autodevaluación se extiende a los familiares de uno mismo. Cuando japoneses varones de cierta edad hablan entre ellos salpican sus conversaciones con expresiones como *gusoku*, que quiere decir “el tonto de mi hijo”, y *gusai*, “la tonta de mi mujer”. ¿Discriminatorio contra el hijo, contra la esposa? No, si se tiene en cuenta que en la lengua japonesa la autodevaluación es asunto de forma, nunca de sustancia. No se debe tomar al pie de la letra. En otras palabras, el prefijo *gu* que significa “tonto, estúpido” ejerce una función similar a la del posesivo “mi” en español. ¿Y las mujeres no corresponden con la misma especie? Es cierto que las esposas japonesas no dicen “el tonto de mi marido”, pero cuando charlan con sus amigas pueden referirse a su propio marido con otras expresiones cariñosas, algunas del calibre de *sodaigomi* (basura con exceso de peso). ¿La traducción menos mala? Simplemente “mi marido”, o “este marido mío” con matiz levemente indulgente.

---

*David san wa, nihonngo ga jouzu desu ne*「ダビッドさんは日本語がお上手ですね。」

*Hai, sou desu ne*「はい、そうですね！」

*gaijin*「外人」

*gusoku*「愚息」

*gusai*「愚妻」

*gu*「愚」

*sodaigomi*「粗大ごみ」